

eminentemente antireligioso, y por lo tanto disolvente de la sociedad.

Pero con honda pena de nuestro corazon hemos observado que algunos despues de haber enaltecido, segun es justo, los anatemas pontificios contra el *uti vocant* liberalismo, han elogiado inoportunamente, á nuestro parecer, un sistema no menos falso é injusto. Los elogios de la llamada Santa Alianza no están bien despues de la apologia del pontificado.

Insistimos mucho sobre este particular; el Papa, ni directa, ni indirectamente ha manifestado en ninguno de sus documentos aspiraciones á sustituir una política por otra.

«La encíclica» no significa ninguna coalicion; todavía mas, es la declaracion suprema de que la Iglesia se basta á sí misma para triunfar. Y en el supuesto que juzgara oportuno apelar á los ejércitos en apoyo de sus derechos, no ofreceria este honor á la impia y cismática Rusia, que medio siglo hace trabaja para descristianizar la Polonia, y que viendo que no puede descristianizarla, hoy la degüella, mientras destierra sus obispos, insulta sus monjas y cierra los templos; no ofreceria este honor á los ejércitos de Inglaterra la protestante, que pisotea y oprime á la fiel y devota Irlanda; ni á los ejércitos del Rey de Prusia, protector simultáneo de la secta evangélica y de las sociedades secretas. El Papa, que no puede reconciliarse con la civilizacion moderna, en cuanto es un sistema establecido para contrariar, y si fuera posible destruir la Iglesia de Jesucristo, tampoco puede reconciliarse con la civilizacion moderna, formulada en el año quince, por el protestantismo oriental y occidental.

Hablamos así explicitamente para apagar los fuegos de la prensa impia que ataca al pontificado, presentándole solidario de las elucubraciones de algunos políticos.

Esta elevacion de miras en que se ha colocado se vé mas claramente, observando que despues de sus protestas contra los errores originados de la política *del sufragio universal*, protesta igualmente contra las tendencias de los gobiernos á emanciparse de toda ley, á declararse árbitros supremos de los pueblos.

Es decir, despues de haber condenado los errores del liberalismo, condena las aspiraciones del absolutismo, envueltos en esta proposicion: *El Estado, como que es el origen y la fuente de todos los derechos, goza de un derecho que no se halla circunscrito por ningun limite.*

Véase, pues, como el Papa al publicar su *encíclica* no ha tenido miras sistemático-políticas: el absolutismo y el liberalismo, que se separan de los *principios de eterna justicia de los cuales la Santa Silla recibe el vigor*, todo se halla condenado, que quiere decir, todos los elementos de orden social, político y religioso se hallan de nuevo vigorizados y afirmados por su palabra. Ella en el orden político salva la bondad de todas las instituciones.

### VIII.

Despues de «la encíclica» Pio IX se presenta consecuente con su pasado, digno de lo presente, á la altura del porvenir.

Algunos hombres superficiales ó apasionados pretenden sostener que el pontificado de Pio IX presenta dos fases diametralmente opuestas; que Pio IX no es en la segunda época de su pontificado lo que fué en la primera. Los que en el período de entronizacion le combatieron con audacia, los que llevados por la exageracion del celo se atrevieron á sostener que no era conveniente el rumbo que se hacia tomar á las cosas eclesiásticas, hoy aplauden con fervor, con entusiasmo. Guárdenos Dios de desvirtuar estos aplausos, ni de debilitar este fervor. Por mucho que sea el entusiasmo por Pio IX, no alcanzará á igualar la inmensa talla que el cielo le ha concedido. Incomparable es la magnitud de su espíritu, y trascendentalísimo el carácter de la mision que viene desempeñando en la historia.

Pero, la circunstancia de haber constituido la oposicion de Pio IX en 1846 los que hoy se unen á nosotros para aplaudirle, nos impone el deber de emitir algunas consideraciones sobre la consecuencia del gran pontífice de la época.

Pio IX es dos cosas á un mismo tiempo: pontífice y político. En ambas cualidades se nos presenta consecuente con su pasado.

La encíclica del dia 8 de diciembre de 1864 en nada se diferencia de la del dia 9 de noviembre de 1846. Aquella es la confirmacion de ésta. Nada mas á propósito que copiar aquí los comentarios que sobre la encíclica del 46 escribió en su célebre opúsculo titulado *Pio IX el inmortal* Balmes, en su capítulo: *El Pontífice.*

Decia Balmes:

«Lejos de que Pio IX se haya alucinado sobre el espíritu de la

época, desconociendo los elementos de disolucion que en diversos sentidos y en todas partes se agitan, manifiesta en sus palabras y en sus obras que profundamente penetrado de la gravedad de los males presentes, y del peligro de otros que amenazan, se propone esforzarse por prevenir estos y remediar aquellos. En su alocucion en el consistorio secreto de 27 de julio de 1846 da las gracias á los cardenales por la eleccion, pero se duele de que se hayan fijado en él sin merecerlo, «especialmente en estos tiempos, en verdad muy calamitosos para la Iglesia y el Estado.» En sus letras apostólicas para el jubileo universal, en 20 de noviembre del mismo año, señala como motivo de esta gracia «lo dificultoso de los tiempos y de las cosas,» por lo cual cree serle «sobremanera necesario el auxilio divino, para apartar de la grey «del Señor las ocultas asechanzas que por todas partes la rodean.»

«Pero donde resalta y brilla con todo su esplendor el celo y la alta prevision del Sumo Pontífice, es en su admirable enciclica á todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos, dada en Roma el dia 9 de noviembre de 1845. Lejos de que el Papa abrigase el indigno pensamiento de rebajar en nada á su venerable predecesor, aprovecha la ocasion para tributarle el homenaje de un profundo respeto. «Hé aquí, dice, sin pensarlo ni imaginarlo siquiera, por «muerte de nuestro esclarecidísimo predecesor Gregorio XVI, *cuya «memoria y cuyos ilustres y gloriosos hechos admirará ciertamente la «posteridad esculpido con caracteres de oro en los fastos de la Igle- «sia, fuimos por los secretos designios de la Providencia elevados al «sumo pontificado, no sin la mayor turbacion y estremecimiento de «nuestro espíritu.»*

«El Pontífice manifiesta en seguida la causa de esa turbacion y estremecimiento, diciendo: «Si siempre se ha mirado y debe justamente mirarse como muy pesada y peligrosa la carga del ministerio «apostólico, ahora en estos tiempos tan calamitosos para la república «cristiana, es mucho mas temible.»

«Como si el santo Pontífice hubiese previsto que algunos habian de recelar que le engañasen los impíos, y no conociese bastante sus iníquas arterias, traza con superior elocuencia el siguiente cuadro: «A ninguno de vosotros se oculta, venerables hermanos, que en nues- «tros aciagos dias se fragua contra todo lo que al catolicismo perte- «nece, la guerra mas cruda y espantosa, por esos hombres que uni-

«dos entre sí con sociedad nefanda, no pudiendo sufrir la sana doc- «trina, y apartando de la verdad sus oidos, se esfuerzan en sacar de «las tinieblas toda especie de opiniones extravagantes, y exagerán- «dolas con todo ahinco procuran extenderlas y diseminarlas entre el «pueblo. Llénanos de horror y de la mas cruel amargura el consi- «derar tantos y tan monstruosos errores, tantos y tan varios artificios «para dañar, tantas asechanzas, tantas maquinaciones con que estos «enemigos de la verdad y de la luz, consumados maestros en el arte «de engañar, procuran extinguir en todas las almas el amor de la «piedad, de la justicia, de la honestidad, corromper las costumbres, «perturbar todos los derechos divinos y humanos, combatir y tras- «tornar la Religion católica y la sociedad civil, y hasta si fuera po- «sible, arrancarlas de raíz.» No es dable trazar con mas elocuencia y energia los males y los peligros de la época, ni pintar con mas fuertes colores los designios de la impiedad. Sin embargo, el Papa continúa el cuadro, aumentando si cabe el horror de lo que acababa de escribir. «Sabeis, venerables hermanos, que estos furiosos enemi- «gos del nombre cristiano miserablemente arrebatados por el ciego «ímpetu de frenética impiedad, han llevado á tal punto la temeridad «de opinar, que con inaudita audacia, *abriendo su boca con blasfe- «mias contra Dios, no se avergüenzan de enseñar pública y paladi- «namente que los sacrosantos misterios de nuestra Religion son fal- «sos é inventados por los hombres, y que la doctrina de la Iglesia «católica se opone á la ventura y bienestar de la sociedad, ni temen «rechazar al mismo Cristo y Dios; y para alucinar mas fácilmente á «los pueblos y engañar á los incautos é ignorantes, é inducirlos á «error, pretenden que solo ellos conocen los caminos de la pros- «peridad; ni vacilan en arrogarse el título de filósofos, cual si la fi- «losofía, cuyo único objeto es investigar las verdades naturales, «debiese rechazar lo que el mismo Dios, supremo y clementísimo «criador de toda la naturaleza, se ha dignado revelar á los hombres «por un singular beneficio de su misericordia, para que alcancen la «felicidad y la salvacion.»*

«Continúa el Pontífice exponiendo y refutando esos errores, habla del temerario y sacrilego atrevimiento de los que quisieran aplicar el progreso á la Religion, cual si fuese una invencion filosófica que por medios humanos pudiera perfeccionarse; indica rápidamente los motivos

de credibilidad, encarga á los Obispos que con toda solicitud y esmero se opongan á los que con intento abominable pretenden, á pretexto de humano progreso, destruir la fé y sujetarla impiamente á la razon...»

El Sr. Balmes despues de haber llamado la atencion sobre los párrafos característicos de aquel documento, haciéndolos resaltar con juicios críticos tan oportunos y vivos, como todos los dictados por su genio, añadía :

«La conducta del Papa está anunciando que bajo su pontificado será defendida con vigor la autoridad y la libertad de su Iglesia, sin consideracion á injustas exigencias de las potestades de la tierra. El pulso y detenimiento con que se procede en los asuntos de la Iglesia española, es una prueba del espíritu que preside á los actos del Pontífice; pero no es solo en una nacion de segundo orden donde Pio IX está dando pruebas de firmeza enlazada con prudencia; el negocio de los colegios mixtos en Irlanda manifiesta claramente que cuando está de por medio la Religion, Pio IX no reconoce diferencia contra la flaqueza de España y el poderío de la Gran Bretaña. La Inglaterra ha dado á Pio IX muestras de simpatía, enviando á lord Minto para tanteár un arreglo sobre el establecimiento de relaciones diplomáticas; los periódicos ministeriales ingleses han colmado de elogios al Santo Padre; todo estaba indicando las disposiciones mas propicias hácia la Santa Sede; ¡qué ocasion para vacilar! ¡qué razones tan especiosas podian fundarse en lo imperioso de las circunstancias, en la conveniencia de hacer un sacrificio para evitar mayores males! Hasta se trataba de una materia en que se hallaban divididos los pareceres de los Obispos. ¡Qué motivos para mostrarse condescendiente! Sin embargo, el Papa no ha vacilado en disgustar á la Inglaterra: la Congregacion de la Propaganda ha opinado en contra de los colegios mixtos, y el Papa ha aprobado esta decision, y la ha confirmado con su autoridad. Mientras protege el Santo Padre la libertad de la Iglesia de Irlanda, extiende su paternal solicitud á las de Dinamarca, Suecia y Noruega, enviando segun dicen á monseñor Rossi, prelado romano, para procurar la emancipacion de los católicos.

«En medio de tantas solicitudes, el infatigable Pontífice, devorado por el celo de la gloria del Señor, asiste á las solemnidades religiosas, dirige su palabra á los fieles, visita los hospitales y demás establecimientos de beneficencia, los conventos religiosos, acude á ce-

lebrar en iglesias particulares, distribuye la sagrada Eucaristia á los alumnos de un seminario; y mientras en su encíclica de 25 de marzo levanta su augusta voz para excitar la caridad del mundo en favor de la desgraciada Irlanda, habiendo dado antes el ejemplo socorriendo á los pobres irlandeses con mil escudos de su bolsillo particular, ampara al padre de familia, al huérfano, á la viuda, con aquellos rasgos de caridad que han hecho derramar lágrimas de ternura á todos los corazones sensibles.

«Así no es de extrañar, pues, que Pio IX haya excitado un entusiasmo tan universal. No es todo ficcion, no es todo amaños de la piedad para arrastrarle á un abismo: hay mucho de eso ciertamente, pero no es todo eso; hay otra cosa: las naciones en masa no fingen; y pocos ejemplos hay en la historia moderna de un lenguaje de tanta veneracion, de tanto entusiasmo como el que está resonando en todas partes por el actual Pontífice. No hay un periódico donde no venga escrito su nombre; no hay un sitio donde no se encuentre su retrato. Y qué, ¿serán tambien ficciones inícuas las palabras de los pastores de la Iglesia? ¿Lo serán las del Cardenal de Bonald, del Arzobispo de París y de otros ilustres prelados? ¿Quién no se ha conmovido al leer las elocuentes palabras del Cardenal Arzobispo de Cambrai el dia de su solemne entrada en su metrópoli?»

Tal era la religiosidad de Pio IX que la prensa absolutista de aquellos dias, sigaiendo las inspiraciones de la josefina Austria le apellidaba con desden: *el pontífice liberal*.

La encíclica *Quanta cura* revela el mismo espíritu, usa el mismo lenguaje; en ella encontramos los mismos temores, las mismas esperanzas; todas las virtudes del cristianismo se ven reflejadas en la encíclica del año 64; ni una virtud menos que en esta se ve brillar en la del 46. Todas las vemos aquí, todas las vemos allí. La plenitud del espíritu del Señor inundó el corazon de Pio IX en la primera edad de su pontificado, como en la primera edad de su vida llenó el alma del profeta Samuel. Pio IX no es mas enérgico, ni mas débil cuando sostiene los intereses doctrinales y económicos de la Iglesia. Si fuera posible crear un termómetro moral, y le colocáramos á la influencia de las dos encíclicas, veriamos que el calor religioso que respira la encíclica *Quanta cura* es el mismo que respiraba la encíclica del 46.

El Pontífice liberal, como se le llamaba, ha restablecido la jerarquía eclesiástica en Inglaterra, ha elevado á dogma la universal creencia de la pureza inmaculada de María, ha impulsado la propaganda de la fé, ha difundido la caridad con una constancia admirable, en fin, sus obras han sido tantas y tan eminentes, que dan materia suficiente para escribir una de las páginas mas interesantes de la historia eclesiástica.

La línea de conducta del pontificado de Pio IX no ha sufrido curva alguna; es recta; su último punto está en la misma direccion que su punto primero.

El Pontífice no se ha ido con la fraccion que en otro tiempo le combatia; aquella fraccion se ha venido con el Pontífice. El nada ha debido rectificar; los que han rectificado son aquellos que segun Balmes «reclaban que le engañarian los impíos.»

Quiénes eran aquellos, no hemos de nombrarles nosotros. Lo que escribieron escrito queda; todos leemos lo que hoy escriben. Sus escritos de hoy no se parecen á los del año 46: ellos rectifican. Mejor. El que no rectifica es Pio IX. Su lenguaje, sus ideas, sus sentimientos son hoy los mismos que ayer. La consecuencia del Pontífice pone de relieve la ligereza de sus primitivos detractores.

Pero tanto como nos satisface la nueva actitud de los impugnadores de Pio IX en 1846, nos aflige la que van tomando muchos de los que entonces se hallaban á su lado. Apellidaban á Pio IX el salvador de la Religion, algunos de los que hoy le acusan de comprometer la paz de la hija del cielo. ¿En qué fundan este cambio de apreciaciones? Si se trata de Religion, ¿puede recordarse un pontífice que mas la haya enaltecido y fomentado? ¿Creian en 1846 que con el carácter misericordioso y prudente que reveló, comprometeria los altísimos intereses, cuya custodia se le habia confiado? No lo creian, á lo menos de los escritos apologeticos de Pio IX que entonces publicaron, nada de esto se deduce. Al contrario, el espíritu de la Iglesia se hallaba apolojado al mismo tiempo que la conducta del pontífice; emítanse grandes esperanzas de despertar la amortiguada fé de los pueblos y de conseguir la adhesion á la Iglesia de muchos elementos divergentes ó contrarios, en una palabra, trabajaban para constituir una época de gloriosa popularidad para la Iglesia. Y no para una Iglesia desfigurada, descaracterizada, no para una Iglesia transaccionista y ductil, sino para una Iglesia que afirmaba la severidad de

su moral, y la intransigencia de su doctrina, en una *enciclica* memorable como la de 1846.

¿Qué ha sucedido despues?

El exámen de lo acontecido no cabe en un capítulo de opúsculo.

Injustamente ciertos liberales acusan hoy á Pio IX *de comprometer la Iglesia de Jesucristo*, como en 1846 ciertos absolutistas le acusaban de «no conocer bastante las inicuas arterias de la impiedad.»

Tenemos, pues, un fenómeno social digno de ser considerado atentamente; es la conversion de algunos absolutistas y la apostasia de algunos liberales, respecto á Pio IX; esta apostasia nos amarga el gusto de aquella conversion.

Hemos hablado de la consecuencia religiosa del Pontífice; digamos algo de su consecuencia política.

¿Es verdad que la segunda época política del pontificado de Pio IX sea una especie de retractacion de su época primera? ó en otros términos: la política pontificia ha pasado á ser política absolutista? Asi debe formularse la pregunta, para despejar con una respuesta sencilla y concisa la perjudicial confusion de ideas, que reina sobre la política de Pio IX.

La escuela revolucionaria, evoca el nombre de Pio IX, como el de uno de sus históricos patrones: don Emilio Castelar, ha escrito en *el almanaque de la democracia* que en estos momentos (1) acabamos de recibir: «Garibaldi... vuelve á Italia cuando Pio IX dá la señal de la revolucion desde el vaticano.»

La escuela reaccionaria invoca el nombre de Pio IX, para apoyar el programa social que defiende, y que puede compendiarse en esta palabra: *recedant nova, vetera sint omnia.*

Desde luego se manifiesta cuan fuera de su lugar está la escuela revolucionaria, al evocar para sí el nombre de Pio IX, pontífice, que á 4 de Octubre de 1847, decia en una alocucion, habida en consistorio secreto; «...sentimos en el alma haya en varios puntos algunos del pueblo que, abusando temerariamente de nuestro nombre y haciendo una gravísima injuria á nuestra persona y á nuestra suprema dignidad, se atrevan á negar la debida sumision á los príncipes, á excitar contra ellos á la multitud y provocar alborotos y desórdenes.»

(1) Día 9 de Febrero.

«Lo cual es tan contrario á nuestro modo de pensar, como que en nuestra *enciclica*, dirigida á todos nuestros venerables hermanos los obispos en 9 de Noviembre del año pasado tuvimos buen cuidado de inculcar la debida obediencia á los príncipes y potestades, de la cual, según los preceptos del cristianismo, nadie puede desviarse jamás sin hacerse criminal, á no ser en el caso que se mandase algo que fuese contrario á las leyes de Dios y de la Iglesia.»

En vista de las anteriores palabras, pronunciadas por su Santidad en 1847, ¿díganos la escuela revolucionaria si puede seguir diciendo que Pío IX evocó la revolución desde el Vaticano?

Peró si el nombre de Pío IX se halla limpio de tal mancha, no se halla menos limpio de la ductibilidad, que otra escuela, quizá sin advertirlo, le arroja.

El pontífice ha sido consecuente, el político no se ha retractado. Estamos en la persuasión de que si Pío IX se hallara en el caso de empezar su pontificado, aun teniendo la experiencia que hoy tiene, volvería á adoptar la línea de conducta que ha seguido. Humanamente hablando, la actitud tomada por Pío IX en el principio de su pontificado le conserva una parte de sus temporalidades. La bandera de Francia, de la Francia republicana, no hubiera abrigado un trono que representara la intransigencia administrativa.

Por otra parte la revolución se hallaba á las puertas de Roma; el volcán iba á explotar; una nueva invasión de bárbaros amenazaba la capital del cristianismo, los incendiarios atizaban ya en secreto las teas que habían de reducir á pavesas el joyero de la Iglesia. Pío IX expidiendo la amnistia fué un nuevo León el Grande saliendo al encuentro del *Átila* muchedumbre; Pío IX dando reformas administrativas y políticas á sus Estados, desvió el golpe que otra política y otros Estados iban á descargar sobre Roma; Pío IX dando las armas al pueblo, que se las habría tomado por sí mismo, convirtió en guardia de honor de su trono á los que iban á ser sus invasores; Pío IX, en fin, manifestó que velaba para el pueblo.

Hoy vemos lo que aconteció, después de las reformas de Pío IX; ignoramos lo que hubiera acontecido á haber sido otra su conducta.

Peró hoy sabemos más; hoy sabemos que Pío IX aun cree oportunas aquellas reformas: en la misma alocución en que condenaba al llamado *uti vocant*, liberalismo, decía Su Santidad: «Luego que la

Italia obtuvo de sus legítimos príncipes instituciones liberales, Nos cediendo á nuestros paternales sentimientos, dimos parte á nuestro hijos en el gobierno civil de nuestro territorio pontificio, é hicimos las oportunas concesiones con sujeción empero á ciertas medidas prudentes, para que la influencia de hombres perversos no envenenase la concesión que con ánimo paternal hacíamos . . . . .

«Y si en estos últimos tiempos se nos han dado consejos relativamente al gobierno civil, no ignorais, venerables hermanos, que los admitimos, exceptuando y rechazando lo que no hacía referencia á la administración civil, sino que tendía á que se accediese á la parte del despojo que ya se había consumado. Pero no hay que hablar de los consejos bien recibidos y de nuestras sinceras promesas de ponerlos en práctica, cuando los que tienden á moderar las usurpaciones dijeron en alta voz que no querían precisamente reformas sino la *rebelión absoluta, la completa emancipación del príncipe legítimo* (1).»

Las anteriores palabras demuestran que Pío IX no retracta su política del primer día; que admite en principio las reformas político-administrativas.

En tan altísima autoridad apoyábamos algunas de las consideraciones emitidas en el artículo crítico publicado en 1863, en la *Revista católica*, sobre la obra, que con el título: *Los Papas y los gobiernos populares*, tiene escrita el Sr. Sanchez. Ocupándose en su primer tomo del período inaugural del pontificado de Pío IX, decía lo que vamos acopiar, con los comentarios que en aquella fecha y lugar hicimos y que creemos oportunísimos:

«Lo que entonces se hizo, si nos desagrada en cierto sentido, no puede menos de ser altamente plausible á nuestros adversarios. Para nuestro intento esto es algo más que bastante. Hasta aquí hemos visto al Soberano Pontífice siendo más liberal que sus pueblos, adelantándose al progreso de la civilización, y dirigiendo las inteligencias á un prudente movimiento, al fin supremo de la verdad y la justicia en la tierra. Lo hemos visto (todo es textual) superando con dulce firmeza las dificultades del interior, y rechazando con valor los obstáculos del exterior. Lo hemos visto firmemente resuelto á

(1) Alocución del 18 de Marzo de 1861.

«perseverar en el camino de las reformas por el espontáneamente emprendido.»

Y, estableciendo un antítesis entre lo pasado y lo presente, dice:

«Hoy su conducta es otra. Sus hechos y sus doctrinas buscan el reino de la verdad y la justicia, pero no por el camino de 1847, en el cual, por mas que se siembran flores, únicamente pueden recogerse espinas.»

Es este el primer punto de la obra en el que tenemos el sentimiento de no estar en un todo acordes con el Sr. Sanchez: no que haya dos espíritus entre él y nosotros, pero sí que hay dos fórmulas, dos puntos de vista, dos apreciaciones.

El Sr. Sanchez, según de estos conceptos se desprende, alberga la opinión de aquellos que sostienen haber un cambio radical entre la política pontificia de ayer y la de hoy; parece que el Sr. Sanchez se complace también en admitir un Pío IX arrepentido, un Pío IX desengañado, un Pío IX pronunciando un *erravimus à via*; y el señor Sanchez nos dispensará que en gracia de nuestra imparcial amistad le digamos que no podemos convenir en ello. Esto supondría ó que Pío IX había adoptado en un principio una política de aventuras, dando reformas trascendentales sin conocer el terreno que pisaba, ó las consecuencias que se deducirían; ó que á Pío IX le faltaba la prudencia gubernamental y la continencia política, dos virtudes sin las cuales el hombre político es un cero para el bien, y una cantidad indefinida para el mal. Nunca convendremos en ello; estimamos á Pío IX en igual grado que lo estima el Sr. Sanchez; le admiramos en igual grado que él le admira, y el concepto del talento y las dotes eminentes que de Pío IX el Sr. Sanchez forma es nuestro concepto. El espíritu del Sr. Sanchez es nuestro espíritu; pero el Sr. Sanchez inspirado de un celo muy recomendable, ha creído deber pronunciar un *credo*, que fácilmente se disculpa ante las aseveraciones de ciertos hombres preocupados, sistemáticos, para los cuales las necesidades de hoy son las mismas de ayer, hombres intransigentes *opportune et importune*, hombres que han dado prueba en política, solo en política, entiéndase bien, de ser mas rusos que italianos, hombres que aplaudían al martirizador Nicolás y atacaban al manso Pío IX. Aquellos hombres, cuando Pío IX descubría muchos misterios del porvenir, y colocado en el punto culminante del mundo veía á

sus piés trazado el mapa de las revoluciones; cuando Pío IX, viendo todo lo visible, trató de conjurar la tempestad, y de desarmar la Revolución, *quitándole sus pretextos*, como dice Balmes; aquellos hombres ingobernables, en toda la extensión de la palabra, pusieron el grito en las estrellas, y dejaron oír un *tolle, tolle* de muy mal gusto. Ellos, que se hacían una gloria de llevar la voz de la Europa católica, se ladearon hácia el Austria, invocaron la Rusia, y diplomáticamente abandonaron al Papa en sus conflictos, le abandonaron después de haber excitado á las potencias absolutistas á que se pusieran ante él en actitud agresiva; ellos encorazonaron la Revolución, negando á la política pontificia el franco y decidido apoyo que tenía derecho á esperar de ellos; ellos combatieron con poca caridad á los pocos hombres independientes que salieron á la defensa de la política del Papa; ellos, en fin, contribuyeron á desvirtuar los proyectos de Pío IX; ellos son los que hoy se enorgullecen, diciendo: Pío IX vino á nosotros; nosotros fuimos mas políticos que él.

Contra esta opinión, que algunos aceptan de buena fe, movidos por su celo, siempre estará nuestra protesta: nosotros protestaremos siempre contra el pintor que nos traza la figura de un «PIO IX ARREPENTIDO.»

No, Pío IX no está arrepentido; y si en algun tiempo hubiera podido estarlo, no sería por cierto en el nuestro; no sería hoy en que el giro que van tomando las cuestiones italianas es un testimonio incontrovertible de que Pío IX fue quizá el único político que descubrió, á quince años de distancia, lo que hoy llega.

La política de Pío IX, en principio, es en 1863 lo que era en 1847. El *non possumus* no se extiende á la política, sino á la moral: *non possumus* aprobar el robo; pero *possumus*, pues somos poder, reformar el sistema: reformas gubernamentales puede darlas el Papa, las ha dado, las dará; y quien le negara este poder, negaría una de sus atribuciones, atentaría contra la plenitud de su soberanía. Pío IX se ha detenido en la senda emprendida, es verdad; pero no se ha detenido por quererlo así; dos grupos le han detenido: el de los revolucionarios, empujándole hácia adelante, y el de los históricos empujándole hácia atrás. Pío IX se ha detenido, pero para restablecer la calma y reclamar la libertad; para decir á la Revolución: *no has de ser tú mi vehículo*; para decir á los austro-absolutistas: *no habeis de ser vosotros mi barricada*: una interrupción de doce años significa poca cosa